

ALVARO DE LAIGLESIA

Fulanita y sus Mecanicos



Las excepcionales dotes humorísticas Álvaro de Laiglesia se manifiestan una vez más en esta divertida novela, segunda parte de una trilogía cuyo primer tomo se titula «Yo soy Fulana de Tal». Aunque la protagonista es la misma en los tres libros, la línea argumental es completamente independiente en cada uno. En la primera se explicaba la infancia, adolescencia e iniciación de Mapi, en «Fulanita y sus menganos» se narran sus aventuras juveniles. Una tercera parte («Réquiem por una furcia») será el resumen de tan azarosa vida. La protagonista nos cuenta las más variadas historias de su turbulenta existencia: unas rayanas en el dramatismo, otras divertidas y llenas de incidentes. Pese al ambiente que le rodea, Mapi conserva una ingenuidad y un candor que cautivan al lector.

A todas las infelices que nos hacen felices.
ÁLVARO DE LAIGLESIA.

La Humanidad es un montón de gente que se divide en dos grupos: mujeres y guarros.
MAPI.

PEDAZO PARA ABRIR BOCA

EN UN LUGAR DE LA MANCHA, de cuyo nombre no quiero acordarme, fui parida por mi madre.

Dicho esto, lo demás será coser y cantar. Porque para hacer un libro, lo único verdaderamente difícil es discurrir la primera frase que lo iniciará. Luego, todo es cuestión de ir añadiendo renglones, hasta rellenar las hojas en blanco que separan esta primera frase de la palabra «fin». Hablando mal y pronto: hay que echarle renglones al asunto. Y a mí, modestia aparte, renglones no me faltan por el motivo siguiente:

Si los amoríos de una señorita con un solo individuo permiten a muchos noveleros escribir un tomo gordo, ¿qué gordura podría tener el tomazo escrito por una fulana como yo, que tuve en mi vida tantos caballeros como para formar un escuadrón de caballería?

Calculo que el volumen sería más voluminoso que el librote en que me inspiré para escribir los dos tercios de la primera frase; y de cuyo nombre sí quiero acordarme, aunque en este momento lo he olvidado por completo. Pero supongo que algún empollón, de esos que se pasan la vida leyendo detrás de unas gafas, porque no tienen éxito con las mujeres, se acordará si le digo que empieza por «Don».

A mí me recomendó ese libro una chica que estuvo liada con un maestro de escuela importante, de los que llaman catedráticos, diciéndome que tenía mucho mérito.

Y la chica tenía razón.

A primera vista, cuando se lee, no se ve el mérito por ninguna parte. Pero en cuanto le dicen a una que el autor era manco, una se da cuenta de que sí lo tiene. Porque, ¡vaya si es meritorio escribir tantísimas hojas teniendo que coger el bolígrafo quizá con la boca, o quizá con un pie!

Bien puede perdonársele a un tío tan habilidoso, capaz de hacer esa proeza caligráfica, que la novela sea un poco rollo. Porque yo, la verdad, encontré el argumento bastante sosaina. Y voy a explicar el motivo de que me pareciera sosaina, por dos razones:

La primera, porque los lectores tienen derecho a opinar de todo lo que lean, aunque no entiendan ni jota de escritura y confundan la gramática con la cosmética.

Y la segunda, porque en cuanto se hace un pinito literario y se entra en el gremio de las personas literatas, se sienten unas ganas tremendas de criticar a todos los colegas; a los antiguos, por muy mancos que fueran, y a los modernos, que tampoco son mancos.

Allá va, pues, mi opinión sobre la historia de ese conocido flaco manchego.

No hay ningún pasaje que sea sexy, ni una sola situación que tenga *suspense*. La cosa sexy se queda, como vulgarmente se dice no sé por qué, en agua de borrajas. Mucho hablar el protagonista de una pájara llamada Dulcinea, mucho fanfarronear de que en cuanto le ponga la vista encima no será sólo la vista lo que le ponga, y luego nada. En cuanto la pájara se pone a tiro, las cosas se le tuercen al flaco y el pobre no puede disparar: siempre surgen malandrines y follones que le chafan el plan.

Lo cual hace pensar al lector que tanto los malandrines como los follones son censores disfrazados, que se hacen llamar así para que no se les vea el plumero. Y quien dice el plumero, dice el lapicero con el que tachan todo lo que les parece procaz.

Puede que a esto se deba la sosería de esa novela en el aspecto sexual. De lo contrario, nadie se explica que el pro-

tagonista de un librote grueso, por muy flaco y debilitado que esté a causa de su deficiente nutrición en posadas y ventorros, aguante todo el argumento sin un solo desahogo amoroso. Es admisible que no llegue a acostarse con Dulcinea, si el autor ha decidido que esa cursi con nombre de confitería provinciana no sea una tía facilona. Pero al menos un besuqueo esporádico, o un achuchón de vez en cuando, o alguna metedura de mano...

Esta ausencia absoluta de la faceta sexy en un argumento tan largo, deshumaniza al personaje central y hace que resulte soso por falta de picante. Vamos, creo yo.

En cuanto al *suspense*, tampoco se le ve el pelo por ninguna parte, debido a que todas las aventuras que inventa el autor, terminan igual. Así, en cuanto el flaco medio chalado se mete en un jaleo, sabemos de antemano que acabará patas arriba, molido a golpes y con chichones como nueces.

Lo único que varía en cada ocasión es la forma en que le administran la consabida paliza, pues van zurrándole sucesivamente por el sistema del palo, la pedrada, el punta-pié, el empujón, el puñetazo y el manteo.

Aunque al principio se disfruta horrores leyendo estos palizones, debido a que todos tenemos algo de bestias y nos retorremos de risa cuando nos cuentan que alguien se retuerce de dolor, al tercer vapuleo del flaco manchego empezamos a aburrirnos. ¿A quién puede interesarle una novela de aventuras, como es ésta, si sabe de antemano que todos sus episodios terminarán igual?

Puede que la falta de *suspense* que se observa en esta obra, obedezca a que el *suspense* es un ingrediente de origen americano. Y como el libro de marras se escribió antiguamente, cuando América acababa de descubrirse y los indios eran unos analfabetos que aún no usaban las plumas para escribir, sino sólo para ponérselas en la cabeza... Casi me atrevería a asegurar que ésa es la razón de que la obra resulte monótona y un poco llorífera, aunque hay que reco-

nocer que tiene algunos golpes para mondarse de risa. Vamos, creo yo.

Queda demostrado, por lo tanto, lo que yo quería demostrar: que la historia de ese delgadito tan chistoso, no tiene ni un pelo de *sexy*. Y de *suspense*, ¡ni pum!

Alguien dirá:

—Pero ¿por qué le interesa tanto a esta fulana echar por tierra un libro tan gordo, que no debe de ser ninguna tontería porque mandan que se lea por narices en todas las escuelas? ¿Por qué se empeña en demostrarnos que aquel manco tan mañoso no fue capaz de meterle al asunto picardía sexual ni repeluznos emotivos?

Y yo contesto:

—Pues muy sencillito, majos. Si la historia de aquel flaco manchego da tantísimo que hablar sin tener ingredientes tan importantes, ¡figúrense el revuelo que armará mi auto-grafía!

(O como se llame el libro donde alguien cuenta su vida, pues no estoy segura de que ésa sea la palabreja exacta).

Porque las cosas que a mí me han pasado y que voy a contar, tienen *suspense* a porrillo y *sexy* para parar un tren. Y eso es lo bueno. Puede que algún tipo ducho en palabrería, de esos que cuando menean la lengua se la cogen con un papel de fumar, ponga reparos a mi lenguaje. Puede que llegue a decirme, inclusive, que reúno tan pocas condiciones para ser escritora como para ser monja. Y quizá tenga razón, porque yo, fuera de mi terreno profesional, manejo la lengua con bastante torpeza. Pero como los episodios que voy a contar tienen más substancia que un caldo de gallina, y se les puede sacar más jugo que a una naranja, al lector le importará un solemne rábano que el idioma empleado para contárselos no sea muy selecto.

Escribir bien lo necesitan esos escritores que no tienen nada que decir, porque el ropaje de una palabrería fina les sirve para disfrazar la estupidez de los hechos que relatan. Pero ¿qué necesidad tengo yo de saber cómo se hacen las

metáforas, y la prosodia, y todas esas recetitas gramaticales, si cada parrafada que suelte está llena de acción trepidante?

PEDAZO PRIMERO

ESTO MISMO QUE DIJE en el pedazo anterior, se lo solté a mi amiga Nati cuando decidí escribir mis memorias a mano. Porque Nati, aunque trabaja como yo en el negociado masculino, es muy leída. Con decir que fue socia durante casi tres meses de una biblioteca circulante, está todo dicho. La tía se ha metido por los ojos una porrada de libros. No puedo calcular cuántos con exactitud, pero una barbaridad: por lo menos quince, y hasta puede que dieciséis.

—Me es imposible evitarlo, chica —me contesta cuando le digo que con tanto leer va a criar dioptrías como moscas—. La lectura es mi *jobi*.

—¿Tu qué? —pregunto yo, perpleja con la palabreja.

—*Jobi* —repite ella—. Es un vocablo que se ha puesto de moda, y que sirve para designar lo que hacen los americanos con más gusto.

—¿Y dices que a eso le llaman ahora *jobi*? —comento yo echándome a reír—. Pues hija, ¡qué finolis se están volviendo los tíos! Porque todos los americanos que yo he conocido, me dijeron sin rodeos que lo que hacían con más gusto empezaba también por «jo». Pero la otra sílaba no era «bi» precisamente.

—Es que no se trata de lo que tú estás pensando, cochina —me reprochaba Nati, haciendo un remilgo como una señora de verdad—. *Jobi* es lo que uno hace por afición, cuando no tiene nada que hacer. ¿Comprendes? Lo que antes se llamaba «el violín del Inglés». ¿Nunca oíste hablar de ese violín?

Y entonces va y me cuenta la historia de ese Inglés, que por lo visto no tocaba su instrumento para sacar cuartos, como hacen los pobres en las esquinas, sino para divertirse. Porque él era pintor; y cuando se hartaba de darle a la brocha, sacaba su *jobi* de la funda y dale que te pego.

He contado estos detalles para demostrar que Nati es bastante intelectual, razón por la cual me sirvió de consejera cuando le expliqué mis intenciones de dar a conocer el cogollo de mi vida.

—Depende de lo que tú entiendas por cogollo —dijo ella, pues está convencida de que soy una descarada y me teme cuando decido abrir el pico para sincerarme.

—Yo entiendo por el cogollo toda mi juventud —expliqué yo—, que es el trozo más sabroso del pastel de la vida. Quiero contar sin tapujos todo lo que me pasó desde que empecé a trabajar con regularidad en el negociado masculino. Lo que un comediante llamaría el segundo acto de mi historia. Porque el primero fue mi infancia y mi adolescencia, desde que nací hasta que me enfurcí.

—¡Qué manera de hablar, hija! —se escandalizó Nati—. ¿En qué diccionario has leído tú el verbo «enfurciar»?

—En ninguno, porque lo he inventado y para sustituir precisamente al que traen los diccionarios. ¿Acaso no suena mucho más fino decir «me enfurcí» que «me prostituí»?

—Quizá —dijo Nati—. Pero no creas que, por inventarte unos cuantos dicharachos que suenen bien, te considerarán una escritora. Para escribir no basta con llenar de palabras trescientas páginas. Hay que decir cosas profundas, ¿comprendes?

—No, rica. Si no te aclaras...

—¿Cómo te lo explicaría? —se devanó Nati algunos sesos—. Escribir viene a ser como la pesca submarina: o te zambulles y buceas en las profundidades para pescar algo, o te quedas flotando en la superficie y no pescas nada. En este último caso los críticos te toman a choteo, y dicen despectivamente que todo lo que escribes es superficial.

—Pues si dicen eso de mí —salté yo— no me harán un desprecio, sino un elogio. Porque yo, en todo lo que escriba, trataré de ser exclusivamente superficial. ¿No te has dado cuenta, pedazo de grulla, que todo lo bonito que hay en el mundo está en la superficie de las cosas? Mírame a mí por ejemplo.

—¿Para qué?

—Observa el perfil de mi naricilla respingona, y el gracioso movimiento ondulatorio de mi pelambreira teñida de rubio.

—No es para tanto, rica.

—Toca mi piel, cuya suavidad juvenil hace que la de los melocotones más tiernos parezca papel de lija.

—¡Vamos, anda! ¿Estás loca?

—Todos estos detalles, y algunos más que guardo bajo la ropa, hacen de mí una mercancía cotizada en el mercado masculino, ¿no es cierto?

—Bueno, sí —admitió Nati—. Tienes fama de ser algo carilla, y haces bien en sostener tus precios mientras puedas. Porque cuando cumplas mis años, tendrás que empezar a hacer «rebajas de otoño».

—Pues todos mis encantos —proseguí ya embalada, porque cuando cojo el hilo de una idea no paro hasta que se me acaba el carrete—, los tengo en la superficie. Si me quitas la cáscara para profundizar dentro de mí, sólo encontrarás porquerías: una calavera tan monda como lironda, igualita a esa que saca la Muerte en los retratos; y en la tripa, enrollados en forma parecida a esas mangas que usan los bomberos, unos cuantos metros de intestino; y detrás de ese amasijo intestinal (que llaman «paquete» no sé por qué, pues no creo que a nadie se le ocurra empaquetar esa guarrada), verás seguramente otros mondongos tan asquerositos como los que cuelgan en los ganchos de las casquerías. ¿Qué demuestra todo esto?

—No sé —dijo Nati, que había empezado a pintarse las uñas y no seguía con atención mi razonamiento.

—Demuestra —dije yo erre que erre— que lo bonito de la gente es su parte superficial, y que profundizando sólo se encuentran cosas feas.

—Pues ¡qué bien! —se encogió de hombros Nati.

—Este fenómeno no se observa sólo en la gente, sino en todas las cosas. En los cuadros, por ejemplo: quítale a un cuadro esa capa de pintura que tiene por encima, y te quedará solamente un cacho de tela blanca rodeado de cuatro tablones. Ráspale el barniz a cualquier imagen de cualquier iglesia, y en lugar de un santo tendrás un leño. Arráncale a una flor la hojarasca llamada pétalos que la recubre, y te encontrarás con un feísimo muñón en la punta de un palito.

—¿Has acabado ya?

—Todavía no: despójale a un hombre civilizado de esa superficial buena educación que le tapa los instintos, y obtendrás un auténtico salvaje.

—Pero bueno, monina —se le hincharon las narices a Nati—. ¿Adónde diablos quieres ir a parar con esa cháchara tan larga?

—A demostrarte que ser superficial no es un defecto, sino una forma de ver el único aspecto agradable que tienen todas las cosas de este mundo. Porque, si te pones a profundizar, siempre descubres que las tripas son mucho más feas que la piel. Y si profundizas demasiado, todas las ilusiones que tenías se te vienen abajo: el amor, que al fin y al cabo sólo es un roce de tejidos pertenecientes a distinto sexo; y la religión, que resulta reconfortante cuando no se para uno a analizar esas historias como la del Arca de Noé, por ejemplo, que son de una belleza increíble... Por eso, si yo cuento por encima todas las cosas que me han pasado, resultarán mucho más atractivas que si me meto en honduras. ¿Qué te parece?

—Que a mí déjame de rollos, ¡puñeta! —opinó Nati, que por mi culpa, al cortarse un pellejo de un dedo, se había hecho daño—. Si te divierte volcar en unos papeles to-

das las guarrerías que has hecho en tu vida, allá tú. Pero no cuentes conmigo para leerlas.

—¿Por qué no? —me ofendí.

—Porque tu vida, y la mía, y la de todas las chicas que vivimos de sacarle el jugo al hombre, es un tema lleno de suciedad. Y nuestras aventuras no son para conservarlas en el estante de una biblioteca, sino para tirarlas al cubo de la basura.

Esta opinión de Nati, dura como un cañonazo, no logró chafarme el entusiasmo.

—Te equivocas —salté como una pantera—. Si el mundo en que vivimos nos obligó a vivir así, él tiene también la obligación de conocer la vida que nos impuso. Porque ni tú, ni yo, ni ninguna de nosotras, elegimos esta profesión por gusto.

—¡Claro que no! ¿Y qué?

—Que si alguien tiene que avergonzarse de nuestras guarrerías no somos nosotras precisamente, sino los guarros que nos obligaron a hacerlas. Que se traguen ellos también, por lo tanto, la parte que les corresponde de la mierda que nos cubre.

Dije esto con tanta furia, que hasta Nati se asustó. Y dejándola plantada con dos palmos de narices, me fui a mi casa para empezar a escribir. Mis ojos brillaban de tal modo, que no parecía que iba a coger una pluma, sino a empuñar una navaja.

PEDAZO 2

HACE YA BASTANTES AÑOS que trabajo en este sindicato, que no es precisamente vertical, sino más bien horizontal.

Después de mi *debú*, como dicen los franchutes, tardé algún tiempo en hacerme profesional. No puedo decir que «debuté» como aficionada, porque afición a este trabajo no la tiene casi ninguna del gremio. Hasta las más viciosas, que empiezan por gusto, terminan por sentirse tan asqueadas como las que empezamos por necesidad.

Dándome unas fuertes palmadas en la frente para despabilar mi memoria, pues la muy gandula remolonea cuando la estrujo para que eche fuera los recuerdos que guarda, he podido reconstruir con exactitud mis ya algo lejanos tiempos de «debutante». O dicho sea con más claridad, por si alguien no entiende el gabacho, de «deputante». Así sabrá todo el mundo lo que quiero decir. Vamos, creo yo.

Como el dinero que me produjo mi primer cliente se me fue en pagar los atrasos que tenía en la pensión y en teñirme el pelo de rubio, tuve que salir pocas noches después a la caza de un nuevo cabrito. Y como no tenía ropa fina para alternar en sitios elegantes, fui de nuevo al cabaretucho moruno cuyo nombre suena un poco a palabrota:

¡«Larache»!

Era la primera noche de calor. El verano había caído de pronto sobre Madrid, como una manta muy gorda sobre un durmiente. Los porteros de todas las casas habían sacado sus sillas a la calle y entorpecían el tránsito en las aceras estrechas.

Un tipo se me arrimó para decirme unas cuantas burradas. Pero yo, al ver que iba vestido con un «mono» azul, propio de los económicamente débiles, le dije que no podía perder el tiempo con un pelagatos y le mandé muy finamente a hacer algunas gárgaras. No muchas, porque no me gusta ser grosera con la gente modesta.

En «Larache» había ambiente. Quiero decir con esto que casi no se podía respirar a causa del numeroso personal que acudió aquella noche. Los hombres se hacinaban en la barra como una piara de cerdos en el abrevadero, pidiendo a gritos que les echaran de beber.

Flotaba en el aire un olorillo ácido, a sobaco no fregado concienzudamente, que prevalecía sobre otros olores no muy gratos tampoco a las narices: el de la humareda ya rancia de los cigarros y el de los perfumes a granel que usaban las chicas para encandilar a los machos.

Unos ventiladores removían perezosamente aquella atmósfera espesa, sin conseguir refrescarla. La orquesta trataba de perforar el barullo con una pieza movidita, pero sólo se oía el parcheo del bombo y el grito amariconado de un cornetín.

—Si vienes a sentarte conmigo —me dijo una tía metida en carnes y en fajas—, te invito a un café con torrija.

Me escamó la invitación, porque yo no conocía de nada a aquella gorda. Pensé que a lo mejor era una rara mentalidad invertida, de esas que se dedican a dar la vuelta a la tortilla. Pero ella me tranquilizó echándose a reír y enseñándome en la risa dos muelas de oro:

—No tengas miedo, monada. También yo vengo aquí a lo mismo que tú, sólo que con menos éxito porque ya soy veterana. Por eso necesito que algún guayabo se siente conmigo y me sirva de gancho. ¿Comprendes?

—No —confesé, pues entonces yo era novata y desconocía las martingalas del oficio.

—Siéntate y te lo explicaré mientras te comes la torrija.